

EL ESCLAVO

(De Chateaubriand.)

A la oración convida dervis que, centinela,
Desde alto minarete ve moribundo al sol;
Corre el león á brincos en pos de la gacela
Y en el jardín buscando sigo una rosa yo.

Oh linda musulmana, de moro adusto y bravo
Encantadora hija, más ángel que mujer,
¿Hay dicha que se iguale con la de ser tu esclavo
Y de besar tus pies?

Con indolente brazo la barca antes movía
Cruzando la llanura de mar quieto y azul,
El llanto del despecho mi remo humedecía;
Mas ya olvidé mi llanto, que lo has secado tú.

Me encantan estas peñas, la torre del serrallo
Sonrieme á lo lejos, del piélago al través,
Que allí al morir el día señal dulcísima hallo
De ir á besar tus pies.

Y luego allá en la noche, bellísima criatura
Ferviente y receloso deslízome al harem,
Alfombras y perfumes, agua olorosa y pura
Y besos mil prodigas á tu cautivo fiel.

Absorto en tal peligro, que yo imprudente agravo,
Te oprimo contra el seno, piadosa tú me ves
Mezclando á tus collares la argolla de tu esclavo,
Y al fin caigo á tus pies.

En la movable arena tu blanco dromedario
Distingo si ligero trotando al lejos va:
Entonces me apareces cual astro solitario
Que á tristes navegantes orienta en alta mar.

Mi patria, á quien amaba con ciega idolatría,
No arranca mis sollozos ni inspira mi cantar,
¡Ay! olvidé á mi patria y hasta á la madre mía,
Y temo que un hermano me venga á rescatar.

No, nunca me libertes, que soy feliz al cabo,
Mi libertad, mi gloria sé tú, mi sola fe;
Si arrebatarme intentan, no dejes á tu esclavo:
Sobre él pon ¡ay! tus pies.

Oaxaca, Agosto de 1850.

EL HOMBRE FELIZ

*(De Víctor Hugo.)**Beatus qui non prosper!*

Os aborrezco ¡oh dioses! Desde mi edad temprana
 Me dais con larga mano cuanto imagino, todo:
 Me agobian vuestros bienes y al cabo yo os detesto.
 ¿Qué mal—decidme—os hice que así colmáis mis votos?

Del paso de Leandro á las columnas de Hércules,
 En todo mar mis naves se ven y en todo puerto,
 Y mi palacio encierra, como insondable abismo,
 Tesoros de ciudades y frutos del desierto.

Al eco de una fuente, ó al són de blanda música,
 Busco el olvido en brazos de Morfeo,
 Y á refrescar mis sienes con ceferino soplo
 Diez vírgenes del Indo llamando están mi sueño.

Yo dejo en mis banquetes al infeliz parásito
 Manjares que repelo con desgana,
 Y en áureo plato mi hambre, que nada excitar puede,
 Desecha los pescados que nutre sangre humana.

Del Tíber en la vega y al lado del Vesubio,
 Poseo cien jardines deliciosos:
 Inmensos mis dominios, que habitan mil esclavos,
 Fatigan mis corceles y cánsanme los ojos.

Me temen aun los grandes y César me sonrío,
 Protejo á numerosos pretendientes;
 De mármol son mis pisos, de pórfido mis baños,
 Mi carro lo saluda la multitud de clientes.

Fastídiome en el foro no menos que en el circo,
 Y allí no más pregunto: “¿Qué hay de nuevo?”
 Arrojo un siervo al día de pasto á las murenas;
 Mas ni eso me distrae, con nada me divierto.

De Europa las mujeres y las mujeres de Asia
 Mover en vano intentan mi corazón inerte,
 Que en su dorada copa saciome ya el fastidio...
 ¿Y así el imbécil pobre querrá envidiar mi suerte?

Con implacables dones me perseguís tenaces:
 ¿Qué ha de esperar entonces mi juventud marchita?
 ¡Oh dioses! un consuelo, una esperanza imploro,
 Quitadme tantos bienes y dadme, dadme dicha.

*
**

En el pagano templo, adonde exhausto llega,
 Así exclamaba Arnulfo, rabioso, en vez de orar;
 Reniega de sus dioses; y á Cristo bendiciendo,
 Muere en el circo un mártir ante el impuro altar.

A UNA NIÑA

(De Victor Hugo.)

Si á comprender no aciertas la infancia venturosa
 ¡Oh niña! nunca envidies la edad de atroz quebranto
 En que rebelde el alma lucha con suerte odiosa
 Y suena nuestra risa más triste que tu llanto.

¡Tu hermosa edad tan pronto se pierde en el olvido!
 Pasa ¡ay! cual soplo débil cruzando por los aires,
 Cual eco de alegría que huyendo va perdido,
 Como un alción en los revueltos mares.

No quieras que madure tu espíritu temprano;
 Disfruta en la mañana, goza en la primavera:
 Tus horas son cual flores que enlaza diestra mano;
 No las deshojes, niña, y el tiempo en calma espera.

Vendrán al fin los años y, en la común refriega,
 Del mundo los pesares, su pérfida amistad,
 Y sus ocultas penas que el vano orgullo niega,
 Y sus placeres dignos de piedad!

Risueña en tanto, ignora del hado la sentencia,
 Sin anublar tu frente purísima, infantil,
 Ni humedecer tus ojos, espejo de inocencia,
 Do tu alma se retrata y el cielo de zafir.

EL MURCIELAGO

(De Victor Hugo.)

Sí, ya te reconozco, te vi en mi ardiente ensueño,
 Fatídico avechucho que con tenaz empeño
 Agitas en mi torno tu vuelo funeral.
 De espectros desvelados tú llevas el mensaje,
 Aparta, y mis temores no tomes por ultraje,
 Que, al verte, á pesar mío recelo oculto mal.

Espera que la virgen que alumbra mi destino
 Y el cielo como un ángel ha puesto en mi camino,
 De mi esperanza férvida premie el constante ardor.
 Entonces, si es preciso, vuelve á turbar mi calma
 Y sobre mí tus alas sacude que en el alma
 Infunden el pavor.

De la lechuza hermano y el buho macilento,
 Frotándose afanadas con asqueroso unguento
 Te invocan en conjuro las hijas de Satán.
 Huye mi alegre estancia, donde el amor se aspira,
 Que si tus uñas corvas tropiezan en mi lira
 Cien muertos se alzarán.

Quizá de los demonios que danzan en las nieblas
 Seguiste el coro inmundo perdido en las tinieblas,
 Y al són de impuros himnos volaste alrededor.
 Huye ¡ay! que de mis flores marchítanse las galas
 Y han de volar tus alas
 En aire de sepulcros, de sangre en el vapor.

Mas ¿quién á mí te trae? ¿Vienes de las colinas
 A do la luna huyendo sepulta entre ruínas
 Su frente, cual la tuya, de mustia palidez?
 ¿Tus ojos vagabundos siguieron á lo lejos
 De mi nocturna lámpara los tímidos reflejos?
 Así tras de la gloria sigue el dolor tal vez.

¿O sales de la torre do el Vértigo se oculta,
 Enano alado y fiero que al caminante insulta
 Y enciende en los pantanos un vago resplandor,
 Que ríe por el viento y de los altos pinos
 Dobra la punta y chilla, rondando en los caminos,
 Do arroja en las barrancas al pálido pastor?

En vano con tu vuelo querrás que me deslumbre
 Y hedor á muerte siembras y humana podredumbre;
 Me irrita tu presencia sin poderme espantar.
 Huye de aquí, ó en breve tus tenebrosas galas,
 Tu cuerpo sucio y feo, tus transparentes alas
 Supersticioso rústico admirará en su hogar.

Sus hijos burlaránse de tus agudos dientes,
 De tu fealdad mofándose con risas inocentes,
 Y al pretender asirte con temblorosa mano
 Te espantarán; al aire te lanzarás sin tino
 Y, ciego al mediodía, tu tétrico destino
 Será con torpe vuelo buscar la noche en vano.

EPITAFIO SIN NOMBRE

(De Victor Hugo.)

Mancebo audaz, ó temeroso anciano,
 Tú que de clima en clima, cual nubecilla errante,
 Tras un fantasma vano prosigues tu jornada,
 ¿Adónde vas tan lejos, oh mísero viandante?
 ¿No es aquí, por ventura, la posada?

La Muerte, levantando su cetro victorioso,
 Mi orgullo ha confundido con nieblas expiatorias,
 Mi nombre oculta en ellas á tu mirar curioso,
 Y torpe olvido encubre con velo desdeñoso
 Si hay en mi polvo alguna de tus mentidas glorias,

Pasajero, cual tú pasé yo un día;
 Mas vine acá y perdióse vuelto á su fuente el río...
 ¡Silencio! ante mi tumba parándote un momento,
 Depón tu grave fardo, cual yo depuse el mío,
 Da fin al raudo viaje que apura ya tu aliento.

Si paz tan sólo anhelas, si la quietud ansías,
 Aquí te guardo un lecho, ven á dormir conmigo;
 Si vas en frágil bote surcando olas bravías,
 Aquí del puerto llegas al suspirado abrigo.

¿No sientes al mirarme que tu alma se estremece
 Ciñéndote los pasos un círculo imperioso?
 En este quieto asilo que mi piedad te ofrece,
 ¿No ves tu nombre escrito con dedo misterioso?

Histriones ambulantes, los hombres aturcidos,
 Con tímidos impulsos, ó arranque temerario,
 De harapos mal cubiertos, ó de oropel vestidos,
 Cruzáis unos tras otros del mundo el escenario.

Y aquí llegáis... No pises con planta indiferente
 Mi fosa; es tuya, hermano, nuestra mansión oscura;
 Tocando va á su término el hombre y no lo siente,
 E ignora cuándo huella su propia sepultura.

¡Mas nada mueve, nada, tu corazón inerte!
 ¡Ni una oración te debo, del pecho ni un latido!
 En vano tu miseria pregonada aquí la Muerte,
 Sus voces no penetran tu mundanal oído.

Pasaste. "¿Qué me importa tú lápida sombría?
 —Dijiste—. En un sepulcro ¿qué puedo yo encontrar?
 Vil osamenta, restos de una ceniza fría:
 ¿Qué más allí se encuentra?" —¿Aquí?... ¡la eternidad!

Octubre de 1871.

EL SILFO

(De Víctor Hugo.)

¡Oh tú, que en vieja torre, cual soñadora sílfide,
 Con luz en tus vidrieras al desdichado atraes,
 Abreme, niña hermosa, la noche me da horror,
 La noche que, poblando la atmósfera de espectros,
 Reviste á los difuntos con mantos de vapor.

No soy, oh niña, de esos cansados peregrinos
 Que larga historia cuentan después de largo viaje,
 Ni paladín, al que ama y teme la beldad,
 Si llega y á la gente despierta del castillo
 Y con clarín guerrero pide hospitalidad.

Bordón no tengo grueso, ni lanza formidable,
 Ni blonda cabellera, ni blanca y luenga barba,
 Ni humilde escapulario, ni intrépido bridón.
 Mi soplo, que no agita la planta más endeble,
 De la trompeta arranca menos que débil són.

Yo soy del aire hechura, casi un ensueño, un silfo;
 De invierno en las veladas soy huésped invisible,
 Nacido en primavera cuando despunta el sol,
 Espíritu que extrae su esencia del rocío,
 Diáfano habitante de sideral región.

Yo oí que dos amantes, con voz solemne y blanda,
 Amor eterno, puro, jurábanse á la par;
 Me aproximé curioso, y una ala por la punta
 Prendieronme en un beso que eterno parecía,
 Y hasta cerrar la noche logré mi libertad.

Mas ¡ay de mí! ya es tarde para encontrar asilo,
 Ya todo está cerrado, piadosa ábreme al punto;
 Un hijo soy del día, la noche me extravió;
 Permite hasta mañana que duerma yo en tu lecho,
 Lugar no ocupo grande y no alzaré rumor.

Huyeron mis hermanos con la eclipsada lumbre,
 Con las lucientes lágrimas que el campo humedecían,
 Los lirios les abrieron sus cálices de miel.
 ¿Adónde huír?... No encuentro las gotas del rocío,
 Ni flores en el valle, ni luz alcanzo á ver.

Escúchame ¡oh doncella! la Noche va á prenderme
 Con redes infernales cogiéndome en su sombra
 Entre esqueletos fríos que dan asco y pavor,
 Con diablós cuyo nombre hasta el infierno olvida;
 Murciélagos y buhos, satánica legión.

Es hora en que los muertos danzando vacilantes,
 La luna los contempla con faz inmóvil, lívida,
 Y hambrientos los vampiros ¡oh colmo del terror!
 Con fuerte brazo alzando su lápida marmórea,
 A su sepulcro arrastran al pobre enterrador.

Enanos monstruosos, de pólvora y ceniza
 Cubiertos, van saliendo los gnomos de sus antros,
 El trasgo huyendo salta por el cañaverál,

Al fresco ondín se une la ardiente salamandra,
 Y fuegos azulados doquier se ven cruzar.

¡Ay! ¿cuál será mi suerte si un muerto me aprisiona
 Llevándome á la tumba que guarda su osamenta,
 O bien sí, nigromante maligno ó burlador,
 Desde su horrenda cámara donde Satán domina,
 Liga mi vuelo errátil al negro torreón?

Abreme ¡oh castellana! ¡Piedad! Si me repeles,
 Iré á buscar un nido tal vez de sabandijas,
 Con lagartija inmunda tendré que combatir ...
 Abre, mi labio es puro, son dulces mis palabras
 Como las dice un ángel en la región feliz.

¡Y soy tan bello, oh niña! ¡Si vieras tú mis alas
 Del sol á los halagos temblando transparentes!
 Soy blanco á par del lirio á do en la tarde voy;
 Las rosas mis hermanas disputan con envidia
 Mi aliento de perfumes, mi manto de arrebol.

Yo haré que un sueño dulce mi gloria te revele.
 Al lado mío (sábelo de tiempo atrás mi sílfide)
 La mariposa es burda, pesado el colibrí,
 Cuando de azul vestido, de tornasol y nácar,
 De flor en flor paseo por mi ideal jardín.

Temblando estoy de frío y en vano lloro y ruego.
 ¿Qué puedo darte en cambio de que abras tu ventana?
 ¿Mis gotas de rocío, ó una exquisita flor?
 ¿Qué estoy diciendo? ni una descubro ¡oh desdichado!
 Si el sol me dió un tesoro, con él desapareció.

.....

¿Qué quieres, ya dormida, que yo te traiga? Dime,
 ¿El velo de algún ángel, ó el cinturón de un hada?
 Yo te daré en la noche la claridad del día,
 Y pasarás durmiendo, sin que tu dicha pase,
 De ensueños amorosos á ensueños de alegría.

Mas ¡ay! mi aliento en vano ya empaña tu vidriera.
 No temas nada ¡oh virgen! ¿Piensas que en noche oscura
 Mi voz la intriga esconde de amante seductor?
 No temas, no; soy débil, tan inocente y cándido
 Que de mi sombra huyera si me la diese Dios."

Y el pobre sollozaba. —De pronto ante la torre
 Se eleva como un eco de misterioso espíritu,
 Cual de otro mundo vaga, desconocida voz.
 Al fin la dama trémula por el balcón se asoma
 Y un bulto allí embozado... ¿Fué silfo?—¿Qué sé yo?

ENCORE A TOI

(De Victor Hugo.)

Por ti, por ti, bien mío, vuelve á sonar mi lira,
 Y á ti mi voz se eleva como un perfume santo:
 ¿Quién da á mi mente el vuelo? ¿Quién su calor le inspira?
 ¿Comprendo yo más glorias, ó sé más dulce canto?

Tan sólo tus miradas alumbran mis tinieblas,
 Tu imagen solamente disipa mis enojos:
 Tu mano me sostiene del mundo entre las nieblas,
 Y hasta la luz del cielo me viene por tus ojos.

Tu sola fe me augura la paz, la dicha eterna;
 Por mí velando en mi ángel custodio se convierte:
 Mi corazón, si escucha tu voz afable y tierna,
 Ni teme ya la vida ni tiembla ante la muerte.

El cielo te destina su más gloriosa palma;
 Flor suya, te plantaron en campo estéril, seco;
 Hermana de los ángeles, tu alma es para mi alma
 De su beldad trasunto, de su armonía el eco.

Tus negros, lindos ojos si lánguido contemplo,
 Y blandamente roza mi cuerpo tu vestido,
 Paréceme que toco el velo de algún templo
 Y exclamo cual Tobías: "¡Un ángel he sentido!"

Al verte, de mis penas huyó el feroz nublado;
 "Será por siempre—dije—común nuestro destino",
 Como el pastor hebreo, sediento y fatigado,
 Cuando Rebeca hermosa junto á la fuente vino.

.....

Yo te amo cual la dicha que sueña el alma inquieta,
 Como una madre anciana de venerable faz,
 Como una hermana débil á mi pesar sujeta,
 Cual se ama el último hijo, ya en la propecta edad.

¡Bien mío! te amo tanto que al recordarlo gimo,
 Gimo ¡ay! porque la vida es el tormento, el mal:
 En su desierto valle tal vez no hay un arrimo;
 Que un árbol hoy tenemos, mañana un campo erial.

¡Dios de bondad, derrama sobre ella la ventura;
 Endúlzale sus horas, bendícela, Señor!
 Corona sus deseos, y logre su alma pura
 El gozo en las virtudes, la dicha en el amor.

Mayo 1858.

EL ALMA

(De Victor Hugo.)

«... ámate, la raza de los hom-
 bres es divina; cuando, despoja-
 do de tu cuerpo, te elevas en las
 regiones etéreas, la muerte no
 tendrá sobre ti poder alguno, se-
 rás un dios inmortal é incorrup-
 tible.»

Versos dorados de Pitágoras.

I

Hijo del cielo, huyendo los goces de la tierra,
 En mi modesto asilo guardo mi excelsitud;
 Rey soy y desterrado, con todo el mundo en guerra,
 Y sólo pido el trono, ó bien el ataúd.
 Del hombre el trato excuso, temiendo su vileza.
 Retiro solitario, tranquilo en su altiveza,
 Reclama el corazón independiente.
 No quiero ver esclavos ni quiero ver señores:
 En el desierto vivo, seguro y sin temores,
 Buscando en él estoy la zarza ardiente.

Tú, que á mis hondas penas oculto un dios convida,
 Compañera en el suelo de pobre humanidad,
 Viajera incorruptible y esclava de la vida,
 Reina en la eternidad,

¡Alma! en serenas horas como en horas de nieblas,
 Ilumina el horror de mis tinieblas,
 De mis sentidos torpes combate la actitud,
 Rompe con áurea espada sus vínculos fatales,
 Velando aquí en mi pecho cual candidas vestales,
 El fuego celestial de la virtud.

¿Tu soplo es el que mueve las cuerdas de mi lira,
 Mi lira, casta hermana del arpa de Sión,
 El que mi sueño arrulla y lánguido suspira
 Como una bella y fúlgida visión?
 En mis carnales grillos, oh virgen misteriosa,
 Descansa, al fin, el ala convulsa y vaporosa
 Que al cielo más lejano te llevó.
 ¿A revelarme vienes, con voz solemne y pía,
 Dulcísimos secretos de amor y de armonía
 Que un ángel bondadoso te confió?

II

¿Viste, al romper la luz de la inocencia,
 Que el hombre admira y que jamás recobra,
 Desplegar al Criador su omnipotencia,
 Hacer el mundo y aplaudir su obra?
 ¿Y viste luego, en venturoso día,
 De nuestro primer padre la alegría
 Mirando de Eva el rostro encantador?
 Y eclipsando el fulgor del primer ángel,
 ¿Sobre la frente viste de un arcángel,
 Deslumbrante lucir el primer sol?

En medio de confusos remolinos,
 El torrente lumínico del ser,

¿No viste que lanzaba en torbellinos
 Nuevos astros gozosos de nacer,
 Cuando el Señor, en su poder fecundo,
 De lejos inclinado sobre el mundo,
 Se puso aquel gran cuadro á contemplar?
 ¡El, ante quien el universo es poco,
 El, de toda alma y toda lumbre foco,
 De tantas olas infinito mar!

III

¿Y del Señor seguías la marcha deslumbrante
 Cuando lanzó su espíritu con verbo resonante,
 A las inmensas aguas, del fuego á la región,
 El día en que, á la tierra de su seno abortando,
 El caos, rey vencido que, en cuádriga veloz,
 La desigual contienda prudente abandonando,
 Huyó á los grandes ecos del *fiat* vencedor?

¿Y viste al que sus cómplices castiga despechado,
 Al Rey del mal, de un cetro con áspides armado,
 En la región do nunca se adormeció el dolor,
 Antro funesto donde, repleto de amargura,
 Despierta el duro crimen al grito del terror,
 Antro que visitado del Dios fué de la altura
 Cuando de limbo en limbo caza á la muerte dió?

IV

¡Ah! muéstrame al Eterno, que da como un palacio
 El tiempo á la efeméride y al átomo el espacio,
 El lóbrego vacío, refugio de los hielos,

Cruzándose los rayos con eco retumbante,
Y allá el fugaz cometa que, en giro centellante,
Va arrastrando su cauda por los cielos.

Mi espíritu exhalado, que siempre te acompaña,
De valle en valle vuela, de montaña en montaña,
Y llega al campo ameno do el hombre fué proscrito,
Del dogma misterioso levanta el denso velo
Y mira más allá del triste suelo,
Porque es mi mente un mundo que vaga en lo infinito.

V

Mas, qué peligros tiene la vida ¡oh alma mía!
Sé tú el cautivo heroico que su prisión defiende,
Del enemigo nota la pérfida falsía,
Y bajo un sol de fuego ó en noche opaca y fría
La vista ansiosa al horizonte tiende.

No soy de los que en vano puro entusiasmo agita,
Y casto amor expelen del seno que palpita,
El culto á Dios negando que rinden á Satán.
No soy el vil que aplaude del réprobo la palma
Y ya sin norte ó guía, girando en torno á su alma
Como en torno del cráter de un volcán;

A Dios rendir no puede su desnudez ornada,
Ni herir de Edén las flores con soplo criminal;
Hijo pródigo, ostenta miseria antes paliada,
Mendiga y llora imbécil á la grandiosa entrada
De paterna heredad.

Y dicen ¡ay! los ángeles: “¡Mirad esa alma impía!
Bebió de falsos bienes el filtro engañoso;
Del justo en la presencia su crimen ya se expía;
Y Dios desecha el alma que estólida dormía
Durante la vigilia del Señor.

¡Oh! puedas tú muy pronto, radiosa alma divina,
Mi polvo sacudiendo volver á tu mansión,
Allí beber las aguas de fuente cristalina
Y, como el sol se lleva la luz con que ilumina,
Llévate sólo el fuego de tu amor.

VI

¡Cuán desdichado el hombre que á fin carnal se entrega
Y su alma ya no siente y estúpido la niega!
Mortal, lo encuentra sordo la voz del ataúd;
Su mente nunca vuela, su pecho no se inflama;
Ignora de su espíritu la llama
Vagando como el ciego que lleva inútil luz.